

Izquierdas e historia en los años ochenta: una aproximación.

María Elena García Moral.

Cita:

María Elena García Moral (2011). *Izquierdas e historia en los años ochenta: una aproximación*. XIII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia de la Facultad de Humanidades, Universidad Nacional de Catamarca, Catamarca.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-071/557>

Mesa 91

Los usos del pasado en la Argentina: producción historiográfica y debates colectivos acerca de la historia nacional (siglos XIX y XX)

Andrés Bisso y Alejandro Cattaruzza

Izquierdas e historia en los años ochenta: una aproximación

María Elena García Moral

Facultad de Filosofía y Letras y Facultad de Ciencias Sociales – Universidad de Buenos Aires
24.616.417

maegm@yahoo.com.ar

Autorizo su publicación

Introducción

La derrota en la guerra de las Malvinas y el consecuente derrumbe del régimen militar determinaron en gran medida la transición a la democracia en la Argentina. La ocupación de las islas representó un claro intento de apelación a una reivindicación histórica para alcanzar consenso social, y para otorgar legitimidad a un régimen desprestigiado tanto por sus tensiones internas y aislamiento, como por la crisis económica, el descontento social y la trascendencia internacional de los reclamos a favor de los derechos humanos. Aunque en definitiva la adhesión pública que suscitó la empresa fue tan transitoria como el “triumfo” argentino, no por ello deja de ser significativa; más aún si tenemos en cuenta el apoyo brindado por todo el arco político partidario. Como quiera que sea, la rendición de las tropas argentinas que selló el fin del conflicto bélico, desató también la crisis institucional más grave del régimen. Los militares se propusieron entonces condicionar o, en su defecto, concertar su salida con el objeto de no ser juzgados, pero sus iniciativas pudieron ser rechazadas.¹

La transición hacia el régimen democrático estaba en marcha y las fuerzas de las izquierdas creyeron que era el momento propicio para su reorganización luego de haber sufrido, en mayor o menor medida, los embates de la dictadura más cruenta de la historia argentina.² De alguna manera, todas contaban en su haber con una historia plagada de

¹ Quiroga, Hugo, “El tiempo del *Proceso*”, en Juan Suriano (dir.), *Dictadura y democracia (1976-2001)*, *Nueva Historia Argentina*, Buenos Aires, Sudamericana, 2005, tomo 10, pp. 65-86.

² Para acercarnos a la historia de las izquierdas y a los itinerarios de sus militantes hemos consultado como obras de referencia los siguientes trabajos: Galasso, Norberto, *Aportes críticos a la historia de la Izquierda Argentina. Socialismo, peronismo e izquierda nacional (1961-2001)*, tomo II, Buenos Aires, Nuevos Tiempos, 2007, pp. 147-201; y, en especial, Tarcus, Horacio (director), *Diccionario biográfico de la izquierda argentina. De los anarquistas a la “nueva izquierda” (1870-1976)*, Buenos Aires, Emecé, 2007.

conflictos y de rupturas, o eran directamente el producto de alguna escisión. En los años de la dictadura no habían faltado los intentos de reunificación, o al menos de contención de la dispersión, pero en general tuvieron un éxito relativo.³ También lo fue el de los aprestos aliancistas que se intensificaron en la víspera eleccionaria.⁴ Con todo, las izquierdas llegaron en general a las elecciones de octubre de 1983 presentando sus propios candidatos y/o apoyando la fórmula justicialista,⁵ excepto los anarquistas.⁶ Como es sabido, los radicales con la fórmula Raúl Alfonsín-Víctor Martínez se impusieron con casi el 52% de los sufragios frente al 40% de los votos que alcanzó la fórmula Ítalo Luder-Deolindo Bittel del justicialismo. En efecto, el resultado de los comicios tomó a las izquierdas por sorpresa, sobre todo por la derrota del peronismo, pero en algunos casos también por su propio desempeño y la pérdida de votos con respecto a las elecciones de 1973.⁷ De hecho, el acto electoral reflejó

³ Entre los grupos que formaron parte de la constelación llamada “izquierda nacional” y que se organizaron políticamente, se destaca el que encabezó Jorge Abelardo Ramos animando empresas polémicas como el Frente de Izquierda Popular (FIP), en 1971. Al calor de los gobiernos peronistas surgieron disidencias entre Ramos y su discípulo Jorge Enea Spilimbergo, que no lograron disipar los intentos de reunificación, ni su apoyo común a la recuperación de las Malvinas. Por el contrario, sus posiciones disímiles frente a la Multipartidaria –la oposición de Ramos y el apoyo de Spilimbergo- así como la coyuntura electoral, exacerbaron los desencuentros y precipitaron la ruptura definitiva. Por otra parte, a mediados de la década de 1970, algunos dirigentes y militantes socialistas, como Alicia Moreau de Justo y Emilio Jorge Corbière, confluyeron en el intento de revertir la diáspora partidaria a través de una federación y, en consecuencia, dieron forma a la Confederación Socialista Argentina (CSA). A comienzos de los años ochenta, propósitos análogos motivaron la organización de la Mesa de la Unidad Socialista. En el caso de los socialistas, se puede recordar que la ruptura quizá más significativa de su historia cristalizó en el marco del Congreso partidario de 1958, dando lugar al Partido Socialista Argentino (PS Argentino) y el PS Democrático, cuyas notas distintivas fueron la heterogeneidad interna y la relativa estabilidad organizacional, respectivamente-.

⁴ En los comicios de 1983 algunos socialistas se congregaron en la Alianza Demócrata Socialista (ADS), - formada por el Partido Socialista (PS) de Salta, el PS Auténtico y el PS Unificado-, mientras que el PS Popular, liderado por Guillermo Estévez Boero, concertó una alianza con el Partido de la Izquierda Nacional (PIN), que organizó Spilimbergo. Por su parte, Ramos encabezó la fórmula del FIP acompañado por Elisa Colombo. En cuanto a otros grupos de origen trotskista, la corriente liderada por Nahuel Moreno –seudónimo de Hugo Miguel Bressano Capacete-, que en los años setenta se había unido al socialista Juan Carlos Coral dando origen al Partido Socialista de los Trabajadores (PST), constituyó el Movimiento al Socialismo (MAS), liderado públicamente por el joven abogado Luis Zamora -y subrepticamente por Moreno-. Asimismo, algunos ex militantes del Movimiento de Izquierda Revolucionaria Praxis (MIR-P) -el grupo marxista orientado por Silvio Frondizi-, que a mediados de los años sesenta habían formado Política Obrera, constituyeron el Partido Obrero (PO) encabezados por Jorge Altamira -seudónimo de Juan Wermus-.

⁵ Al parecer, el PS Popular, el FIP y el Partido Comunista (PC) habían solicitado permiso a la Justicia Electoral para llevar en sus boletas la fórmula justicialista, pero el pedido fue rechazado. Así, pues, el PS Popular, el FIP y la ADS presentaron candidatos propios y anunciaron su apoyo virtual al justicialismo, mientras que el PC adhirió al peronismo y sólo mantuvo sus candidatos a legisladores, y el Partido Comunista Revolucionario (PCR) directamente llamó a votar por los candidatos peronistas.

⁶ En cierta forma, la dispersión organizativa, el aislamiento y una acusada marginalidad marcaron la trayectoria de los anarquistas, por lo menos, desde mediados del siglo XX. Si bien uno de los núcleos más duraderos – aunque expuesto a sucesivas disensiones- se congregó en parte en torno a Diego Abad de Santillán –seudónimo de Sinesio Baudillo García Fernández- y el periódico *La Protesta*, los grupos anarquistas no dejaron de multiplicarse -en algunos casos como expresión de una ruptura generacional-, apelando a estrategias diversas y animando en ciertos casos empresas editoriales singulares.

⁷ Los resultados electorales fueron los siguientes: el PO y el FIP el 0,09% de los votos cada uno; el MAS el 0,28%; el PSP el 0,14%; la ADS el 0,32%; y el PC el 1,23% pero en las elecciones legislativas. Fuente: Dirección Nacional de Estadísticas Electorales, Ministerio del Interior. Ahora bien, suele incluirse en el universo

una fuerte polarización política y la continuidad del bipartidismo radical-justicialista, así como representó la primera derrota del peronismo en elecciones nacionales libres.⁸ También fue la expresión de un clima de oposición a la violencia y de grandes expectativas y valorización de la democracia –hasta el extremo de considerarla como la panacea de todos los males-. La ciudadanía argentina se decantó por el discurso ético-político del líder del radicalismo, que apelaba a la Constitución Nacional y a la dicotomía democracia-autoritarismo, en lo que fue un voto antidictatorial pero además un reclamo de transformación más vasta.

No ha de extrañarnos, pues, que los conflictos y las discusiones se hayan apoderado de la vida –partidaria o no- de las izquierdas. Quizá el caso más emblemático sea el del comunismo. Las elecciones dejaron al descubierto no sólo su escasa relevancia electoral, sino un nuevo error político y táctico de la dirección del partido, que se sumaba a la censurable política de la convergencia cívico-militar sustentada durante la dictadura mientras sus militantes padecían la represión, y acentuaba las tensiones entre la cúpula partidaria y los sectores juveniles.⁹ No es casual que las izquierdas ensayaran nuevos acercamientos y/o virajes de mayor o menor alcance. Nuevamente el Partido Comunista (PC) sirve de caso arquetipo. Los comunistas se acercaron al Movimiento al Socialismo (MAS) y al Peronismo de las Bases hasta conformar en 1985 el Frente del Pueblo (FREPU) con vista a las elecciones legislativas de ese mismo año. Si bien la prueba electoral fue sorteada con relativo éxito, la experiencia frentista no fructífero. Asimismo, en 1986 un recambio generacional en la dirección del PC precedió al XVI Congreso partidario, que aprobó un viraje político respecto de la Unión Soviética y la autocrítica acerca de la política de conciliación con la última

de las izquierdas al Partido Intransigente (PI), liderado por Oscar Alende y en el que confluyeron radicales disidentes y sectores de las izquierdas –en especial, guevaristas- y de la experiencia de 1973, que obtuvo el 2,33% de los sufragios; así como el Movimiento de Integración y Desarrollo (MID) y el Partido Demócrata Cristiano (PDC), que obtuvieron el 1,19% y el 0,31% de los votos, respectivamente. Véase De Riz, Liliana, “Argentina: el comportamiento electoral durante la transición democrática (1983-1989)”, en *Documentos de Trabajo*, Cedes, núm. 52, Buenos Aires, 1990. Aún apelando a una clasificación inclusiva, el balance electoral para las izquierdas no supera el 5 %.

⁸ Igualmente quisiera destacar que se acercaron al alfonsinismo grupos juveniles con alguna orientación de izquierda que integraron “la Coordinadora”, así como intelectuales de izquierda, entre los que se destacaron José María Aricó y Juan Carlos Portantiero –ambos ex militantes del PC, catalogados como representantes de la llamada “nueva izquierda” y animadores de experiencias singulares, como *Pasado y Presente* y *Controversia*-, que en 1984 constituyeron el Club de Cultura Socialista, en convergencia con el grupo que editaba la revista *Punto de Vista*. Por su parte, Portantiero integró también el llamado Grupo Esmeralda, que se encargó de la asesoría presidencial.

⁹ Campione, Daniel, “El Partido Comunista de la Argentina. Apuntes sobre su trayectoria”, en Elvira Concheiro, Massimo Modonesi y Horacio Crespo (coord.), *El comunismo: otras miradas desde América Latina*, México, UNAM, 2007, pp. 194-215.

dictadura militar, entre otras cuestiones.¹⁰ No olvidemos que ese Congreso también implicó un viraje en materia historiográfica, cuyos alcances y límites analizaremos en parte en los siguientes apartados.

Entretanto, el gobierno de Alfonsín llevó adelante una (re)construcción institucional bastante exitosa, pero se debatió con el fracaso económico, y con los desafíos lanzados tanto por el sindicalismo peronista como por los militares frente a sus tentativas de democratizar al primero y de juzgar y condenar a los segundos. Lo cierto es que nuevas confluencias y rupturas marcaron el derrotero de las izquierdas hasta las elecciones presidenciales de 1989 y el traspaso anticipado del gobierno,¹¹ que señalan el fin de nuestra indagación y coinciden en el plano internacional con la crisis final del llamado socialismo real y la caída del muro de Berlín. En esa ocasión, los comicios dieron el triunfo al Frente Justicialista de Unidad Popular (FREJUPO), que llevó a la presidencia de la República a Carlos Saúl Menem. Algunas agrupaciones de las izquierdas se sumaron a la estrategia frentista, mientras que otras optaron por concurrir con sus propias fuerzas.¹² Aunque se reconoció un leve avance, seguían caracterizándose tanto por la dispersión como por la debilidad.

Así, pues, en esa singular etapa en la que las creencias revolucionarias fueron reemplazadas por la apoteosis de la democracia, los itinerarios de las izquierdas fueron cuestionados y/o revisados en conjunto. Sin embargo, el itinerario del PC fue el más recusado tanto desde sus propias filas como desde los otros grupos, en la medida que consideraban que su accionar y sus posiciones, en especial durante la dictadura militar, representaban una afrenta para todos ellos. Desde luego, tampoco faltaron los replanteos al interior de las otras

¹⁰ Por su parte, el “colorado” Ramos intentó en primer término una alianza con sectores del peronismo encabezados por Herminio Iglesias y con el frigerismo (MID). Como el acuerdo con Iglesias fracasó, terminó constituyendo el Frente de Liberación (FRELI) con el frigerismo, los peronistas licastristas y el Partido de la Independencia liderado por Roberto Etchenique. A su modo, las agrupaciones alineadas en el maoísmo también intentaron una reorientación. Entre ellas se destaca el PCR, que tomó entonces una nueva denominación: Partido del Trabajo y del Pueblo (PTP). Véase Galasso, Norberto, op. cit., pp. 185-195 y 207-208.

¹¹ Pese a la ruptura del FREPU, el PC estableció acuerdos con agrupaciones menores, como las posadistas –en alusión a Posadas, seudónimo de Homero Rómulo Cristalli, fallecido en 1981- y la Izquierda Democrática Popular (IDEPO), y con el Partido Humanista hasta constituir el Frente Amplio de Liberación (FRAL) en 1987. Entretanto, Ramos se había convertido en un crítico implacable del alfonsinismo y había experimentado un desplazamiento hacia el nacionalismo, que se había visto acompañado de su alejamiento del marxismo –a favor de un socialismo “criollo”- En 1987 Ramos promovió el Movimiento Patriótico de Liberación (MPL), mientras que Spilimbergo al frente del PIN selló una alianza con el PS Auténtico y la CSA. Dicho sea de paso, el fallecimiento de Nahuel Moreno agravó las diferencias al interior del MAS, que llevaron a la constitución del Partido de los Trabajadores por el Socialismo (PTS) por un grupo disidente. Finalmente, en 1988 el FRAL –integrado por el PC y grupos menores-, el MAS y la IDEPO confluyeron en la alianza llamada Izquierda Unida (IU). *Ibíd.*, pp. 196-205 y 220-224.

¹² Se sumaron al frente justicialista el MID, el PDC, el PI, el PS Auténtico, el MPL, el PIN, y el PTP. Entre otras fuerzas, el PO obtuvo el 0,27 % de los votos, la IU el 2,45 %, y la Unidad Socialista, que congregaba al PS Popular y al PS Democrático, el 1,31%. Fuente: Dirección Nacional de Estadísticas Electorales, Ministerio del Interior.

corrientes, y entre las diferentes vertientes y agrupaciones. Para ello, en algunos casos contaron con una especie de tradición de historias partidarias y/o de las agrupaciones, así como de las llamadas “contra-historias” o “anti-historias”, escritas las primeras por los propios militantes o dirigentes, y las segundas preferentemente por disidentes o militantes de las otras fuerzas. En el presente trabajo intentaremos dar cuenta de las revisiones más o menos críticas que emprendieron las izquierdas sobre sus propias trayectorias históricas -no así de la creciente literatura testimonial, ni tampoco de las historias militantes del movimiento obrero-. En buena forma, se trató de una operación basada en la (re)construcción o “invención” de una tradición en el sentido que le atribuye Eric Hobsbawm¹³ -en tanto construcción hecha desde el propio presente sobre el pasado y que intenta establecer determinada continuidad entre ambos- y de una genealogía preferentemente “revolucionaria” y/o “nacional” con objetivos dispares.

Como quiera que sea, el retorno de la democracia no sólo implicó la articulación de nuevos consensos liberal-democráticos, sino un proceso de expansión, renovación y profesionalización de la historiografía argentina -que fue acompañado por la reconstrucción de los espacios institucionales y que se prolongó durante las décadas siguientes-. Si bien la transición historiográfica fue por momentos tan desconcertante y ambigua como la política, ambas favorecieron el descrédito de las lecturas “nacionales” y, en parte, de la historia militante. Importa decir que algunos historiadores, intelectuales y/o ensayistas vinculados con las izquierdas se acercaron a la historia argentina con propósitos diversos y ajenos a toda propensión académica. Aunque estuvieron lejos de suscitar las polémicas de antaño, no por ello sus lecturas deben ser desatendidas. Por lo tanto, también ensayaremos una primera aproximación a las perspectivas y estudios históricos de aquéllos que trabajaron con mayor o menor (in)dependencia de las estructuras partidarias y organizativas de las izquierdas, pero que no contaron con inserción universitaria y/o académica.

Las izquierdas y su historia

La agitada y conflictiva vida partidaria del comunismo durante los años ochenta quizá induce a pensar que la actividad historiográfica -nunca substancial pero tampoco desestimada- fue relegada frente a las exigencias de la hora. Por el contrario, la tarea de historiar su trayectoria partidaria pareció adquirir cierta urgencia ante las derrotas y equívocos

¹³ Hobsbawm, Eric J. y Ranger, Terence, *La invención de la tradición*, Barcelona, Crítica, 2002.

del pasado más inmediato. Para ello, contaban con un antecedente bastante lejano: el *Esbozo de Historia del Partido Comunista de la Argentina*, que había sido redactado por una Comisión de su Comité Central a instancias del XI Congreso partidario -celebrado en 1946-, y era una especie de historia “oficial” en la que no faltaban contradicciones, así como tergiversaciones y omisiones de sucesos y de interpretaciones. Como quiera que sea, en 1983 apareció una “nueva” historia partidaria firmada por uno de sus dirigentes y, al parecer, basada en una serie de encuentros celebrados el año anterior. En líneas generales, *El Partido Comunista* de Oscar Arévalo no innova con respecto a la visión de los orígenes y de la vida partidaria que brindaba el *Esbozo*, aunque sí actualiza su trayectoria hasta 1982, no sin tergiversar la problemática política de conciliación con la dictadura que sostuvo la dirección comunista. Asimismo, persiste en los vicios de atenuar la importancia en los orígenes del partido de figuras que luego fueron disidentes, como José Fernando Penelón, así como de acentuar retrospectivamente la proyección de quienes se perpetuaron en su dirección.¹⁴ No ha de extrañarnos que el viraje que supuso el XVI Congreso partidario haya dado lugar a una versión remozada de su historia, que fue el resultado de un trabajo colectivo en el que colaboraron Paulino González Alberdi, Rina Bertaccini, María Litter y Eugenio Moreno, bajo la dirección de Julio Laborde. Sin embargo, la revisión fue en un principio bastante modesta no sólo porque se restringía estrictamente a los antecedentes y a los comienzos del PC –llegando hasta 1927-, sino por los mismos límites de las enmiendas, como en el caso de Penelón, y del reconocimiento de las dificultades y de la complejidad que caracterizaron el proceso constitutivo –en tanto organización surgida de una escisión del PS en 1918, que en principio tomó el nombre de Partido Socialista Internacional (PSI) y que luego de 1920 adoptó la denominación de PC-.¹⁵ En realidad, como han sugerido algunos investigadores, este tipo de trabajos busca convalidar o reacomodar retrospectivamente la política seguida por la dirección partidaria, así como persigue su autolegitimación mediante la construcción de un linaje revolucionario.¹⁶ Ciertamente, revisten interés en la medida que nos permiten observar

¹⁴ Arévalo, Oscar, *El Partido Comunista*, Buenos Aires, CEAL, 1983. Cabe recordar que Arévalo fue uno de los dirigentes desplazados del Secretariado Nacional del PC en la víspera del XVI Congreso. Con todo, merece apreciaciones similares el trabajo sobre el PC de otro directivo del partido, que a diferencia de Arévalo permaneció en su cargo luego del “viraje”. Véase Fava, Athos, *Qué es el Partido Comunista*, Buenos Aires, Sudamericana, 1983. Por su parte, Fernando Nadra, otro de los dirigentes desplazados del comunismo local y una de las figuras más cuestionadas durante el XVI Congreso, dejó testimonio de su creciente marginalidad dentro del partido en *La religión de los ateos. Reflexiones sobre el estalinismo en el Partido Comunista Argentino* de 1989.

¹⁵ AAVV, *El nacimiento del PC. Ensayo sobre la fundación y los primeros pasos del Partido Comunista de la Argentina*, Buenos Aires, Anteo, 1988.

¹⁶ Campione, Daniel, “Los comunistas argentinos. Bases para la reconstrucción de su historia”, en *Periferias*, Año 1, núm. 1, segundo semestre de 1996; y Cernadas, Jorge, Pittaluga, Roberto y Tarcus, Horacio, “La

cómo la dirigencia reconstruye la historia de acuerdo a las circunstancias contemporáneas, y qué visión pretende consagrar acerca de la trayectoria del partido.

En general, en el ámbito partidario, las obras de síntesis fueron acompañadas por trabajos que no supusieron una revisión de sus presupuestos.¹⁷ Tampoco faltaron los ensayos de carácter apologético sobre el itinerario de sus legendarios dirigentes.¹⁸ Con todo, las versiones oficiales del comunismo argentino fueron recusadas por disidentes, como Rodolfo Puiggrós y Juan José Real,¹⁹ o simplemente por militantes de otras tendencias de izquierda, como Jorge Abelardo Ramos,²⁰ que tampoco pretendieron circunscribir su labor historiográfica a los parámetros de una historia profesional. Entre los primeros se destaca José Ratzler, un ex dirigente de la juventud comunista, que encabezó la fracción disidente fundadora del Partido Comunista Revolucionario (PCR), que luego se alineó con el maoísmo. Desde los años sesenta, Ratzler llevó adelante una investigación sobre el surgimiento de las izquierdas y la organización del movimiento obrero en la Argentina, que dio su primer fruto en 1969.²¹ La labor quedó en parte inconclusa por su fallecimiento en 1979, pero sus camaradas se encargaron de publicar póstumamente su continuación. Basándose principalmente en el *Esbozo* –aunque marcando algunas inexactitudes y omisiones- y en polémica con Puiggrós, Ramos y, en menor medida, Emilio J. Corbière y Leonardo Paso, el autor señala que buena parte del núcleo marxista fundador del socialismo adhirió al PC y que los primeros comunistas fueron, más que internacionalistas, marxistas revolucionarios. Ratzler también

historiografía sobre el Partido Comunista de la Argentina. Un estado de la cuestión”, en *El Rodaballo*, Revista de Política y Cultura, Año IV, núm. 8, 1998, pp. 31-40. Campione advierte cierta apertura ante la historia partidaria en la revista comunista *Ideología y Política*, a finales de la década de 1980.

¹⁷ A modo de ejemplo, se puede consultar el capítulo que Leonardo Paso –seudónimo de Leonardo Voronovitsky- dedica a los orígenes del PC en su obra sobre los partidos políticos en nuestro país. Paso, Leonardo, *Historia de los partidos políticos en la Argentina (1900-1930)*, Buenos Aires, Directa, 1983, pp. 529-548.

¹⁸ Véase, entre otros trabajos, Arévalo, Oscar, *Victorio Codovilla y los comunistas de Buenos Aires*, Buenos Aires, Anteo, 1983.

¹⁹ Nos referimos a *Historia Crítica de los Partidos Políticos Argentinos* de Puiggrós, que fue reeditada en los ochenta y *Treinta años de historia argentina (acción política y experiencia histórica)* de Real, entre otros.

²⁰ En 1962 Ramos publicó *El Partido Comunista en la Política Argentina. Su Historia y su Crítica*, que fue reeditada bajo el título *Historia del Stalinismo* y revisada durante el período en análisis. Si se compara la última versión con la original, se puede observar que los cambios en su relato son relativamente menores a partir de 1935 y la constitución del Frente Popular. Con todo, no ha de extrañarnos que para esta última edición suprima el apartado dedicado a la reivindicación de la “izquierda nacional revolucionaria”, o que el PS se haya convertido en el *partenaire* del PC en sus equívocos frente a la “cuestión nacional”. Por otra parte, su apreciación sobre la posición de las izquierdas “tradicionales” frente a la historia argentina no presenta mayores cambios, excepto por la inclusión del socialismo aludida. Ramos, Jorge A., *Breve Historia de las Izquierdas en la Argentina*, Buenos Aires, Claridad, 1990, 2 tomos; e Ídem, *El Partido Comunista en la Política Argentina. Su Historia y su Crítica*, Buenos Aires, Coyoacán, 1962. Igualmente quisiera destacar el trabajo de uno de sus colaboradores de entonces y dirigente del MPL, Alberto Guerberoff, en la medida que también se inscribe en las críticas a las izquierdas tradicionales y en el intento de deslindar posiciones, así como suscribe la tesis de Ramos del “socialismo criollo”. Guerberoff, Alberto, *Izquierda colonial y socialismo criollo*, Buenos Aires, Mar Dulce, s/f. Cabe aclarar que Guerberoff rompió con Ramos cuando éste se consubstanció con el menemismo.

²¹ Nos referimos a *Los marxistas argentinos del 90*, que fue publicada en Córdoba por Pasado y Presente.

revisa los antecedentes del movimiento obrero y la formación del Partido Socialista (PS), cuya fundación data en 1892 e inscribe bajo el influjo de Germán Avé-Lallemant y los marxistas revolucionarios, que habrían sido desplazados en 1896 por Juan B. Justo y los revisionistas. Posteriormente, los reformistas encabezados por Justo se habrían enfrentado a una “desviación economista”, a los sindicalistas revolucionarios y a una corriente socialdemócrata –como también califica a los justistas “cosmopolitas”- pero nacionalista, cuyos exponentes serían Alfredo Palacios, Manuel Ugarte y José Ingenieros–no sin indicar sus supuestos errores político-ideológicos-.²² Como quiera que sea, la obra se resiente por su explícita intención de construir una genealogía revolucionaria, y en el caso particular del comunismo por no avanzar más allá de 1928.

Con la apertura democrática cobró relevancia la obra del socialista Corbière, cuyos primeros trabajos sobre los orígenes del comunismo argentino también se remontan a los años setenta.²³ A diferencia de las recusaciones aludidas que se referencian –no sin variantes- en el *Esbozo*, el propósito de Corbière parece ser el rescate de figuras relegadas en las historias del socialismo y del comunismo argentinos, como Enrique del Valle Iberlucea y Penelón –cuyas posiciones Ratzler en cambio calificaba de “desviaciones derechistas”-.²⁴ Resulta evidente la *vis* polémica que implicaba reivindicar la trayectoria de Penelón como líder del PSI hasta el conflicto de 1927 que produjo su ruptura, y como uno de los iniciadores del comunismo en América Latina,²⁵ en la medida que la historia “oficial” del PC, como hemos indicado, gustaba presentarlo como un mero reformista y/o atenuar su relevancia. De modo similar, procede con el legislador socialista del Valle Iberlucea –que fue desaforado en 1921 por haber expresado su apoyo a la Revolución Rusa-, recuperando su adscripción al marxismo, su labor parlamentaria y su difusión del pensamiento de Antonio Labriola.²⁶ Asimismo, Corbière

²² Ratzler, José, *El movimiento socialista en Argentina*, Buenos Aires, Ágora, 1981. En sus críticas al PC tanto Puiggrós como Ramos destacan su incompreensión de la problemática nacional. Pero, mientras Ramos censura el estalinismo, Puiggrós se limita a responsabilizar a la dirigencia local. De ese modo, la condena de Ramos se distancia de la posición de Ratzler. Como anotación, se recuerda que el historiador Alberto Pla también incursionó en la historia de los orígenes del PS y del PC a través de sendos artículos. Aunque cuenta con una formación marxista y con simpatías trotskistas, su amplia inserción universitaria nos exime de abordarlo en esta oportunidad.

²³ Corbière, Emilio J., “Orígenes del comunismo argentino”, en *Todo es Historia*, N° 81, febrero de 1974; e Ídem, “La fundación del Partido Comunista”, en *Todo es Historia*, N° 106, marzo de 1976. De hecho, el autor fue secretario de redacción de la revista *Todo es Historia*.

²⁴ Ratzler, José, op. cit., pp. 124 y 125.

²⁵ Si bien el ensayo se aboca a los años iniciales del comunismo argentino –hasta 1921-, brinda un importante aporte documental: una serie de entrevistas y testimonios de militantes y dirigentes, así como trabajos inéditos de Penelón y los penelonistas, entre otros materiales. Asimismo, incluye una nota del autor en polémica con el dirigente comunista Eugenio Moreno acerca de Penelón y el PC. Véase Corbière, Emilio J., *Orígenes del comunismo argentino (El Partido Socialista Internacional)*, Buenos Aires, CEAL, 1984.

²⁶ Nuevamente realiza una contribución documental original, en esta ocasión a través de una selección de trabajos de del Valle Iberlucea, presentado como el líder del movimiento “tercerista” que aglutinó a los

cuenta con una serie de trabajos dedicados al fundador del PS en la Argentina, Juan B. Justo, y a los orígenes del socialismo argentino. Pese a sus intentos de mantener cierto espíritu crítico –como cuando señala las limitaciones de Justo para comprender la filosofía hegeliana o para concretar una real vocación de poder, y refuta a sus panegiristas-, el autor muestra mayor interés en rebatir a los detractores de Justo y del PS, como Jorge Enea Spilimbergo y Liborio Justo, entre otros; así como en consignar sus supuestos aportes historiográficos, ideológicos y legislativos, su antiimperialismo no sólo norteamericano sino también británico, su oposición al “nacionalismo burgués” y a la violencia como un fin en sí mismo, y sobre todo su conexión con la realidad nacional.²⁷ Lo cierto es que Corbière fue tardíamente secundado en su labor, en cierta medida, reivindicatoria del pensamiento y acción de Justo por otros investigadores de tendencia socialista aunque de perfil más profesionalizado, como Luis Pan.²⁸

A pesar de contar con antecedentes a la hora de historiar el itinerario partidario, los socialistas prácticamente no ofrecieron obras de síntesis en los años ochenta, salvo los abordajes consignados. En cierta forma, entre las primeras se podría incluir la crónica de Emilio José Giannoni sobre el PS Democrático, de tono hagiográfico y en la que al mismo tiempo que se reivindica el “socialismo democrático” y se presenta al PS Democrático como la auténtica continuación del viejo tronco partidario, se fustiga al PS Popular por la “infiltración comunizante”.²⁹ Esta carencia se explica sólo en parte por el proceso de disgregación que había sufrido el socialismo en las últimas décadas. Con todo, quisiera destacar la publicación de la revista *Icaria*, bajo la dirección de Corbière, en tanto funcionó como un espacio de confluencia. De hecho, en sus páginas colaboraron Ernesto Giudici y Luis

partidarios de la Tercera Internacional en el PS; así como de las tesis inéditas de los terceristas. Ídem, *El marxismo de Enrique del Valle Iberlucea*, Buenos Aires, CEAL, 1987.

²⁷ Al parecer, algunos de estos trabajos fueron realizados con el auspicio de la Fundación Juan B. Justo, al igual que el libro dedicado a del Valle Iberlucea. A modo de ejemplo, se pueden consultar: Corbière, Emilio J., *Juan B. Justo. Socialismo e imperialismo*, s/d, s/f (según anuncios, por Koningam, en 1974); y *Juan B. Justo y la cuestión nacional*, Buenos Aires, Fundación Juan B. Justo, 1980 (publicado previamente en *Todo es Historia*, N° 62, junio de 1972).

²⁸ En cierta forma, Pan concibe la labor de Justo como una herencia que es preciso acrecentar (tal es así que al final del libro incluye, a modo simbólico, su testamento). Su perspectiva nos recuerda la concepción derridiana de la herencia como una tarea. En forma solapada, también aparecen las viejas disidencias partidarias en su adhesión al PS Democrático, así como ciertos resquemores ante la crisis del socialismo “real” en el prólogo a cargo de René Balestra. Véase Pan, Luis, *Juan B. Justo. Apuntes para una biografía intelectual*, Buenos Aires, Planeta, 1991. Con trabajos también tardíos y basados en una revalorización similar de la labor de Justo, se destacan Dardo Cúneo, Aricó y Portantiero.

²⁹ Asimismo, se insiste en el origen socialista de la legislación del trabajo y en la tarea de docencia cívica que desempeñó el partido. Giannoni, Emilio J., *Reseña histórica del Partido Socialista Democrático*, Buenos Aires, La Ciudad, 1982, p. 68.

Víctor Sommi, ambos ex dirigentes del PC, así como José M. Aricó, que a su modo acentuaron el sesgo nacional y popular de la publicación.³⁰

Por otra parte, Otto Vargas, que acompañó a Ratzler en la disidencia comunista y en la formación del PCR, se propuso continuar su labor asumiendo un tono más polémico. Prescindiendo de sus consideraciones sobre la organización sindical del movimiento obrero argentino, se puede decir que sus reflexiones sobre las organizaciones políticas y partidarias guardan correspondencia con las de Ratzler, excepto por su mayor insistencia en las limitaciones de los marxistas del noventa, y por sus recusaciones virulentas a Aricó, Juan Carlos Portantiero, Paso y la dirigencia del PC, que según su caracterización fue “justista” por su sentido reformista, y formalmente leninista pero realmente kautskiana por sus prevenciones frente a la lucha violenta. Igualmente se aparta de la interpretación de Ratzler sobre la situación de Penelón, referenciándose en el trabajo de Corbière apuntado. Empero, tampoco avanza más allá del período constitutivo del PC, evitando prácticamente las referencias a su itinerario grupal.³¹ En suma, la posibilidad de un camino diferente o alternativo subtiende en parte su análisis al igual que el de Corbière y el de Ratzler.

A diferencia de los maoístas, algunos militantes de grupos de origen trotskista se avinieron a la tarea de historiar su itinerario en los años ochenta. Tal es el caso de Norberto Galasso, un antiguo militante de la “izquierda nacional”.³² En su trabajo sobre el Frente de Izquierda Popular, que reconstruye, según su óptica, el derrotero de la izquierda nacional hasta sus días, se percibe su voluntad de filiación con el grupo *Frente Obrero* -en alusión sobre todo a la segunda época de la revista homónima, que en 1945 bajo la dirección de Aurelio Narvaja y el influjo de Adolfo Perelman reconoció en el peronismo un nuevo movimiento nacional, continuador del yrigoyenismo, y a las posiciones históricas de Enrique Rivera-, como forma tanto de legitimación y de (auto)identificación, cuanto de diferenciación

³⁰ A modo de ejemplo, se pueden consultar: Giudici, Ernesto, “El problema de la izquierda en la Argentina”; Icaria, “Para un replanteo del socialismo argentino”, y Aricó, José, “Otto Bauer y la cuestión nacional”, en *Icaria*, núm. 2, tomo I, octubre de 1981, pp. 1-14; Giudici, Ernesto, “Manuel Ugarte a treinta años de su muerte”, en *Ídem*, núm. 4, tomo I, abril de 1982, pp. 20-24; Sommi, Luis V., “La formación atlántica y el imperialismo”, en *Ídem*, núm. 6, tomo I, octubre de 1982, pp. 1-19; Giudici, Ernesto, “Marx, Bolívar y la integración latinoamericana”, en *Ídem*, núm. 8, tomo 1, año 3, julio de 1984, pp. 6-16.

³¹ Vargas, Otto, *El marxismo y la revolución argentina*, tomo 1, Buenos Aires, Ágora, 1987. Asimismo, véase Andrade, Mariano, *Para una historia del maoísmo en la Argentina. Entrevista con Otto Vargas*, Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras-Universidad de Buenos Aires, 2005.

³² Durante la década de 1980, Galasso supo animar emprendimientos como el Centro de Estudios del Pensamiento Nacional, o el Centro de Izquierda Nacional “Felipe Varela”, que contó con la publicación política-periodística *Qué hacer, para la liberación* y que, según nos ha comentado, fue el producto de la imposibilidad de sostener un partido político -principalmente por la falta de recursos-. Entrevista de Norberto Galasso con la autora, 23 de octubre de 2007.

respecto de los avatares y posicionamientos de Ramos.³³ Dicho sea de paso, algo similar ocurre con Osvaldo Coggiola, militante del trotskismo. En su reconstrucción de la historia del trotskismo en la Argentina adopta una lectura encomiástica de la trayectoria de “Política Obrera” y luego del Partido Obrero (PO), mientras que el sectarismo, los equívocos y el oportunismo jalonan el derrotero de las otras organizaciones.³⁴

Por su parte, los anarquistas contaban con una producción historiográfica sobre su propia trayectoria histórica. Como ha recordado Campione, mientras que el núcleo en cierta forma acaudillado por Diego Abad de Santillán se encargó de dar cuenta de la formación del movimiento anarquista en la Argentina, de su inserción en el movimiento obrero y de la historia de la Federación Obrera Regional Argentina (FORA), Osvaldo Bayer prefirió dejar testimonio, de un modo singular, de las luchas obreras en la Patagonia a comienzos de la década de 1920 y de los anarquistas expropiadores y de los partidarios de la acción directa, como el anarquista italiano Severino Di Giovanni que terminó fusilado por la dictadura de José Félix Uriburu.³⁵ En 1983, la muerte puso fin a la ingente labor de Santillán como traductor, editor e historiador del movimiento anarquista. Bayer, en cambio, luego del exilio en Alemania, se reincorporó paulatinamente a la actividad periodística, protagonizó sucesivas polémicas y se opuso al alfonsinismo, en particular a sus políticas de Derechos Humanos, pero no generó en esos años nuevas obras sobre el anarquismo.³⁶ Ahora bien, el filósofo Ángel Cappelletti tomó a su cargo una antología del pensamiento anarquista latinoamericano, que había dejado inconclusa el historiador uruguayo Carlos Rama a causa de su repentina muerte. Con respecto a los orígenes del movimiento anarquista en la Argentina, Cappelletti

³³ Galasso, Norberto, *La Izquierda Nacional y el FIP*, Buenos Aires, CEAL, 1983. Asimismo, se pueden consultar una serie de aclaraciones y artículos polémicos de Galasso sobre *Frente Obrero* y la izquierda, en respuesta a las intervenciones de Corbière, y a los “desplazamientos” de Portantiero y de Ramos al gobierno radical y al nacionalismo, respectivamente. Ídem, *No lo dejemos ahí. Respuesta a los “maestros desorientadores”*, Buenos Aires, Editorial Felipe Varela, 1987, pp. 74-83 y 136-151.

³⁴ Coggiola, Osvaldo, *Historia del trotskismo argentino (1929-1960)*, Buenos Aires, CEAL, 1985; y su continuación *El trotskismo en Argentina (1960-1985)*, tomo 1 y 2, Buenos Aires, CEAL, 1986. Coggiola cuenta con una formación profesional en historia y con cierta inserción universitaria, principalmente en el exterior.

³⁵ Campione, Daniel, *Argentina. La escritura de su historia*, Buenos Aires, CCC, 2002, pp. 160 y 161. Asimismo, se destacan el intento de recuperación de figuras y hechos olvidados de las luchas libertarias que llevó a cabo Fernando Quesada en los años setenta, o las biografías de militantes anarquistas publicadas desde 1979 por Jacobo Maguid.

³⁶ Entre otras de sus obras, fue reeditada *Los vengadores de la Patagonia Trágica*, que había sido incluso llevada al cine como *La Patagonia Rebelde*. Sobre Bayer se pueden consultar: Acha, Omar, “La historia vindicadora de Osvaldo Bayer”, en *Taller*, vol. 6, núm. 16, julio de 2001, pp. 160-185; y Wiñazki, Nicolás, *Osvaldo Bayer: quería escribir para el pueblo*, Buenos Aires, Capital Intelectual, 2008. Dicho sea de paso, resulta interesante la discusión que entablaron, entre 1985 y 1986, Bayer y Alvaro Abós sobre la violencia a partir de la figura de Di Giovanni. Véase “Polémica Bayer-Abós”, en Fabián D’Aloisio y Bruno Napoli (comp.), *Entredichos: Osvaldo Bayer 30 años de polémicas*, Buenos Aires, Ochava Ediciones, 2008, pp. 155-197. Acerca de Abad de Santillán, véase Cappelletti, Ángel J., “Vida e ideario de Diego Abad de Santillán”, en *Anthropos. Revista de documentación científica de la cultura*, Barcelona, N° 138, noviembre 1992, pp. 10-15.

destaca la acción propagandística inicial de algunos grupos de extranjeros, los debates constantes entre marxistas y anarquistas, las polémicas internas, la preeminencia de la tendencia organizativa, la organización federativa, y las actividades sindicales y periodísticas. Asimismo, observa su predominio en el movimiento obrero hasta el golpe de Estado de 1930, que a su entender marca el inicio de la decadencia del anarquismo argentino. Si bien hace alguna referencia al entusiasmo inicial de los anarquistas frente a la revolución rusa, relativiza la adhesión al régimen bolchevique circunscribiéndola a grupos “anarco-bolcheviques”. Quizá sus mayores contribuciones sean integrar en su relato las luchas obreras y sociales de principios del siglo XX –desde las huelgas de la década de 1900 y la semana trágica hasta los sucesos de La Forestal y la Patagonia- y a las figuras que suscribieron estrategias diferentes a la acción sindical y la propaganda que propugnaba el grupo de *La Protesta* –y en el cual de algún modo se filia-, así como la tentativa de llegar hasta 1955.³⁷

Las izquierdas y la historia

Como hemos visto, buena parte de las inquietudes historiográficas de las izquierdas se canalizaron en torno de su propia trayectoria partidaria u organizativa. Desde luego, ni la incertidumbre que caracterizó la transición democrática ni sus alianzas políticas cambiantes facilitaron la tarea. Pero, ¿qué paso con sus representaciones de la historia argentina? Los socialistas y los anarquistas, prácticamente, no dejaron trabajos sobre historia “nacional” en este período.³⁸ Con todo, es posible afirmar que el frente historiográfico, aunque secundario, no estuvo totalmente inactivo en el caso del comunismo, el maoísmo, la izquierda nacional y el trotskismo. Por lo tanto, nos interesa considerar su acercamiento a la historia argentina en lo que concierne, en especial, al período colonial, la época de Rosas y el primer peronismo, en la medida que representan temas de conflicto virtual por razones tanto políticas como historiográficas.

Detengámonos un momento en el singular itinerario del comunista Leonardo Paso. Al parecer, Paso se había consolidado como “historiador oficial” del partido en forma paralela a las sucesivas disidencias y sangrías que sufrió el PC en la década del sesenta. Por lo menos

³⁷ Rama, Carlos M. y Cappelletti, Ángel J., *El anarquismo en América Latina*, Venezuela, Biblioteca Ayacucho, 1990, pp. XIII-LXI.

³⁸ En efecto, la compilación de artículos periodísticos reunidos por Corbière bajo el título *El mito alfonsinista. Liberación nacional y lucha de clases en la Argentina* de 1985, no puede ser considerada una obra historiográfica, aunque en ella el autor brinda algunas reflexiones reivindicatorias del peronismo, así como discute la comparación del peronismo con el nazismo proclamada por Juan José Sebrelí, y confronta con los sectores de la socialdemocracia vinculados al proyecto alfonsinista.

desde los años cincuenta, había incursionado en la investigación histórica -sin contar con una formación profesional en la disciplina-, a través de obras dedicadas a diversas etapas de la historia argentina –aunque sin avanzar hasta entonces demasiado en el siglo XX- e inclusive a la historiografía. Asimismo, había sido uno de los principales animadores del Ateneo de Estudios Históricos “Manuel Belgrano” (AEHMB), en el que dictaba cursos y organizaba grupos de investigación. Sin duda, se trataba de una actividad fuertemente condicionada por la estructura partidaria, en el sentido que servía en parte como fundamentación de las posiciones del PC. Durante la última dictadura militar y los primeros años del gobierno de Alfonsín, Paso tuvo a su cargo la comisión de Historia y la publicación de los *Cuadernos de Historia* del AEHMB. Sin embargo, su figura y su obra estaban demasiado connotadas con la trayectoria y las posiciones partidarias que pasaron a ser objetos de recusación. No ha de extrañarnos, entonces, que el XVI Congreso partidario -en la medida que también auspició un “viraje historiográfico”- haya implicado su desplazamiento del AEHMB.³⁹

Como quiera que sea, durante los años ochenta Paso reeditó algunos de sus trabajos sin mayores modificaciones interpretativas, incluso luego de 1986, así como se abocó a la historia argentina del siglo XX. En su imagen crítica de la etapa colonial se articulan el carácter “precapitalista” de la colonización española en América, y la coexistencia de “formaciones económico-sociales” de naturaleza “semifeudal”. Así como niega el carácter capitalista de la economía, reconoce la existencia de economías naturales o mercantiles según las regiones. Por otra parte, afirma que la revolución de Mayo fue un movimiento independentista nacional que contó con participación de masas, pero que se frustró como “revolución democrático-burguesa” porque no existía una “clase burguesa nacional”. Mientras las políticas de Moreno, Rivadavia y Sarmiento son reivindicadas como expresión de las tendencias más progresistas, Rosas es presentado como un representante de la oligarquía latifundista ganadera y un promotor de nuestra dependencia, y las montoneras como una expresión exclusiva de las reivindicaciones de sus jefes. En suma, el curso impuesto al país desde 1880 por la oligarquía habría retrasado el desarrollo capitalista y el nacimiento de una burguesía nacional.⁴⁰ Resulta

³⁹ No obstante, Paso siguió trabajando y con un grupo de colaboradores dio forma a la llamada “Asociación Amigos de la Historia” (AAH), que sacó bajo su coordinación una efímera publicación en 1992 -*Nueva Historia*- y que también ofició de sello editorial de sus obras.

⁴⁰ En cuanto al enfoque de Paso, se pueden consultar: Paso, Leonardo, “Historia y política”, *Cuadernos de Historia*, núm. 1, noviembre de 1981, pp. 5-22; núm. 2, septiembre de 1982, pp. 41-73; y núm. 3, abril de 1963, pp. 13-29. Asimismo, el *Compendio de Historia Argentina. Desde la colonia hasta 1943* (Buenos Aires, Directa, 1982), obra en colaboración con Enrique Palomba, María Litter y Pablo Calderón, que se resiente de un enfoque cronológico y de una interpretación escasamente innovadores –y que recuerda la anterior *Elementos de la evolución histórica argentina. De la colonia al golpe de Estado de 1943-*; o la cuarta edición revisada y ampliada de *Rosas. Realidad y mito* (Buenos Aires, Directa, 1983).

evidente la continuidad temática y conceptual con su obra previa, y en particular con las problemáticas que articularon los debates intelectuales en los años sesenta y a principios de los setenta. Por el contrario, la perspectiva historiográfica de Paso, que no fue revisada y que caracteriza la estructura de la Argentina como “semifeudal”, atrasada y dependiente, no tiene correspondencia con la preeminencia de relaciones capitalistas que descubre en nuestro país el PC a partir de su XVI Congreso, y que cuestiona la noción de la revolución por etapas al tiempo que postula la proximidad entre las transformaciones democráticas y socialistas. A la hora de pronunciarse sobre el primer peronismo, Paso subraya el incumplimiento del programa electoral de 1946 con sus formulaciones antioligárquicas y antiimperialistas, y la persistencia del régimen de propiedad de la tierra y, en consecuencia, del poder de la “oligarquía latifundista”, no obstante cierta orientación industrial y estatista. Asimismo, destaca su carácter movimientista y policlasista, su estructura verticalista y el caudillismo “bonapartista” ejercido por Perón.⁴¹ Por otra parte, cuestiona la subordinación del movimiento sindical al oficialismo y su ideología reformista.⁴² Más allá de las limitaciones y de los equívocos apuntados, su reflexión sobre el peronismo implica algún avance respecto de los enfoques comunistas más tradicionales –que lo caracterizaban directamente como “naziperonismo”-.⁴³

En el marco del PCR se destaca la labor historiográfica de Eugenio Gastiazoro, que en *Historia Argentina. Introducción al análisis económico-social*,⁴⁴ comparte la apreciación crítica del período colonial con Paso. Su lectura se centra en el carácter “feudal” de la colonización española y en sus consecuencias: el predominio del “latifundio feudal pecuario” y el desarrollo limitado del comercio y de la producción agrícola e industrial, al tiempo que la hegemonía de la “aristocracia terrateniente” identifica la “gesta anticolonialista de 1810-1824” con la libertad de comercio. A diferencia de Paso, cuestiona el reformismo liberal de Rivadavia, pero comparte con aquél la condena tanto al rosismo, cuyo “mentado proteccionismo” y “nacionalismo” encuentra circunscritos a la defensa de los intereses “feudales” de los terratenientes ganaderos bonaerenses; como al orden conservador de 1880

⁴¹ Paso, Leonardo, *Los últimos 55 años y el poder de la oligarquía*, Buenos Aires, Futuro, 1986, pp. 92-102.

⁴² Ídem, *Del Golpe de Estado de 1943 al de 1955*, Buenos Aires, CEAL, 1987, 2 tomos. Paso opina que la presencia del PC en la Unión Democrática (UD) se comprendía por sus antecedentes frentistas y rescataba la heterogeneidad de la UD y aún más del peronismo, así como las diferencias y sobre todo las similitudes de sus programas electorales, y advertía que las formas diferentes en que se presentaron ante la opinión pública plantearon un falso dilema entre “democracia” y “justicia social”.

⁴³ Por su parte, Julio C. Novayo, seudónimo de Segismund Uoitzuk, no sólo reeditó –ampliado– su trabajo sobre Mariano Moreno, sino que dio muestra de su valoración positiva del ejército realizando una biografía sobre el general Arenales con motivo del sesquicentenario de su fallecimiento.

⁴⁴ La primera edición de la obra, que abarcaba el período 1536-1880, es de 1980 y la segunda edición, que apareció en 3 tomos (1515-1820, 1820-1880 y 1880-1930, respectivamente), es de 1986.

en adelante que vincula con el predominio de los intereses latifundistas y del imperialismo. En la medida que se caracteriza al país como atrasado y dependiente, conserva vigencia el carácter a su entender perentorio de la revolución en la Argentina. Por su parte, Ratzer y Vargas incursionaron asistemáticamente en algunos aspectos de la historia argentina, y sus conclusiones se asimilan a las de Gastiazoro.⁴⁵ De hecho, los artículos y comentarios bibliográficos publicados en la revista del grupo, *Política y Teoría*, también se ciñen a los lineamientos apuntados.⁴⁶ Importa decir que si bien se acercaron políticamente al peronismo durante la década de 1980, en lo que respecta al peronismo histórico no ahondaron en consideraciones.

En cuanto a la “izquierda nacional”, es preciso aclarar que su problemática vinculación con el revisionismo histórico “tradicional” y el carácter discutible de su unicidad como objeto de estudio, ya han sido abordados por Fernando Devoto.⁴⁷ Por su parte, Omar Acha ha insistido en la necesidad de una distinción y delimitación entre la izquierda nacional y la izquierda peronista e incluso el nacionalismo popular.⁴⁸ Como quiera que sea, en la década de 1970 algunos de sus supuestos exponentes no sólo compartieron la clandestinidad, sino que sufrieron la persecución, el silenciamiento y/o el asesinato. De hecho, ciertas figuras relevantes a las que comúnmente se ha inscrito en la izquierda nacional perdieron la vida o dejaron la actividad historiográfica durante esa etapa.⁴⁹ Sin embargo, una vez consumada la apertura democrática en 1983, algunos autores continuaron con la militancia política, y en

⁴⁵ Ratzer, José, *El movimiento socialista...*, op. cit., pp. 17-29; y Vargas, Otto, *Sobre el modo de producción dominante en el Virreinato del Río de la Plata*, Buenos Aires, Agora, 1985. (la 1° edición es de 1983) En éste último trabajo, Vargas sostiene el carácter feudal de la sociedad colonial rioplatense. Dicho sea de paso, el enfoque histórico del PCR se ha visto enriquecido con las colaboraciones de economistas e historiadores insertos en el ámbito universitario, como Horacio Ciafardini y Eduardo Azcuy Ameghino, así como por las contribuciones, en especial a la historia del movimiento obrero, de Julio Godio, aunque este último abandonó la militancia revolucionaria luego de la última dictadura militar.

⁴⁶ A modo de ejemplo, se pueden examinar Gastiazoro, Eugenio, “La Revolución del 90” y “La hegemonía terrateniente en la Revolución de Mayo”, en *Política y Teoría*, núm. 10 y 16, de 1986 y 1989, respectivamente.

⁴⁷ Devoto, Fernando, “Reflexiones en torno de la izquierda nacional y la historiografía argentina”, en Fernando Devoto y Nora Pagano (ed.), *La historiografía académica y la historiografía militante en Argentina y Uruguay*, Buenos Aires, Biblos, 2004, pp. 107-131.

⁴⁸ Omar Acha, *Historia crítica de la historiografía argentina. Las izquierdas en el siglo XX*, Buenos Aires, Prometeo, 2009, pp. 206-208 y 303-305.

⁴⁹ Sin pretender ser exhaustivos, se puede recordar el fallecimiento de Puiggrós en el exilio cubano en 1980 y de Juan José Hernández Arregui en Mar del Plata en 1974; o los casos de Ernesto Laclau y de Enrique Rivera, que en diferentes circunstancias se desvincularon del grupo de Ramos y se alejaron paulatinamente del trabajo historiográfico. Por su parte, Rodolfo Ortega Peña y Eduardo Luis Duhalde, que se vincularon institucionalmente con el revisionismo “rosista” y llegaron a ser miembros del Consejo Superior del Instituto de Investigaciones Históricas “Juan Manuel de Rosas” (IIHJMR) y colaboradores frecuentes en sus publicaciones sufrieron los embates de la represión de los setenta: el primero fue asesinado en 1974, mientras que el segundo, luego del exilio -y durante el período abordado- se alejó prácticamente del quehacer historiográfico, excepto por un trabajo pionero sobre la historia del terrorismo de estado durante la última dictadura militar, publicado en 1983.

menor medida con la labor historiográfica.⁵⁰ Tal es el caso de Spilimbergo y de Ramos, que en los años ochenta privilegiaron la militancia política y relegaron a un segundo plano la producción historiográfica. En efecto, la obra de Spilimbergo prácticamente se limitó a una revisión y actualización de su *Historia Crítica del Radicalismo*, titulada *El Fraude Alfonsinista. Historia crítica del radicalismo 1880/1988*. Por supuesto, ni su contenido ni las circunstancias de su publicación permiten esconder su claro sentido político.⁵¹ Por su parte, Ramos también se abocó a la revisión de viejos trabajos, como la emblemática *Revolución y contrarrevolución en la Argentina*, sobre todo en relación al volumen que se ocupaba del período 1943-1976 y que Ramos no sólo amplió hasta hacerlo llegar a 1988 sino que ya desde el principio de la década prefirió titularlo “La era del peronismo”, abandonando la categoría marxista de “bonapartismo”, y revelando su acercamiento al nacionalismo -hasta confluir con el MPL en el FREJUPO e incluso formar parte del gobierno de Menem como embajador argentino en México-.⁵² A diferencia de Spilimbergo y de Ramos, Norberto Galasso priorizó

⁵⁰ El itinerario de Eduardo Astesano se diferencia del de otros autores. Si bien fue un comunista disidente como Puiggrós, en torno a los años sesenta no sólo colaboró en las publicaciones del IHHMR y se asimiló a la historia “rosista”, sino que profundizó su giro nacionalista y peronista, hasta postular un “revisionismo histórico justicialista” e incluso un “revisionismo histórico universal”. Asimismo, durante la década de 1980 -y hasta su muerte en 1991-, su actividad historiográfica no se limitó al dictado de cursos, a las incursiones periodísticas y a la reedición de viejos trabajos, sino que dio lugar a nuevas obras. Entre ellas se pueden destacar *Filosofía Histórica de la Comunidad Organizada, La Nación Indoamericana (500 años a. de Cristo – 1500 años después de Cristo)*, y *La Nación Sudamericana. Indignidad – Negritud – Latinidad*, publicadas en Buenos Aires, por ediciones Temática, en 1984, 1985 y 1986, respectivamente. Mientras en la segunda y en la tercera obra Astesano inició una revisión histórica en virtud de los planteos indigenistas y de la afirmación de un “nacionalismo sudamericano”, en la primera optó por el análisis conceptual de la Doctrina Justicialista y por el intento de demostración de su justificación histórica. Según Astesano, aquella Doctrina sirvió de base al llamado “revisionismo histórico justicialista”, que conocería diversas etapas hasta alcanzar, en su caso, una visión no sólo continental sino “tercermundista”. Astesano, Eduardo, “El revisionismo histórico Justicialista”, *Crear (para el proyecto nacional)*, año IV, núm. 16, Buenos Aires, noviembre-diciembre de 1983, pp. 22-24. Los mismos argumentos se pueden encontrar en su *Historia social de América*, publicada por Peña Lillo en 1982, así como también su habitual caracterización como “capitalista” de la colonización española de América.

⁵¹ Para entonces, la crisis del alfonsinismo había precipitado la salida electoral, y el PIN integraba el FREJUPO y, en consecuencia, apoyaba la candidatura de Menem a la presidencia de la Nación. Con respecto a la tercera edición de la obra, existen varios cambios que trascienden las modificaciones y/o las supresiones terminológicas, de párrafos y/o de frases. No sólo se suprimen la antigua introducción y algunos artículos, sino que se incorporan nuevos trabajos, y se reescribe la historia del radicalismo -y del país- desde 1930 -aminorando aún más las distancias con FORJA e incorporando a la crítica al gobierno de Arturo Illia-. Curiosamente, entre los párrafos suprimidos se encuentra tanto una apreciación benevolente del roquismo, que lo acercaba a la actitud de Ramos, como una valoración crítica de la democracia en las “semicolonias” -e incluso una propuesta de “dictadura democrática”-. Véanse Spilimbergo, Jorge E., *El Fraude Alfonsinista. Historia crítica del radicalismo 1880/1988*, Buenos Aires, Ediciones José Hernández, 1989, pp. 68, 76 y 106-120; e Ídem, *El Radicalismo. Historia crítica (1890-1974)*, Buenos Aires, Octubre, 1974, pp. 47-48, 57-60 y 94-114.

⁵² Ramos, Jorge A., *La era del peronismo. 1943-1988*, Buenos Aires, Mar Dulce, s/f. Dicho sea de paso, se publicó una compilación de trabajos sobre la aparición y la naturaleza social e histórica del peronismo que destacaban su carácter nacional. Para ello se seleccionaron artículos de Aurelio Narvaja publicados en *Frente Obrero* (2º época), en septiembre y octubre de 1945, el trabajo “Cómo hicimos el 17 de octubre” de Ángel Perelman, y textos de Ramos sobre la caída del gobierno peronista en 1976 y la derrota justicialista en las elecciones de 1983. Véase Narvaja, Aurelio, Perelman, Ángel y Ramos, Jorge Abelardo, *Cuarenta años de peronismo*, Buenos Aires, Mar Dulce, 1985.

en aquellos años la difusión de su trabajo historiográfico, que estuvo casi circunscrito a la dimensión biográfica.⁵³

Sin forzar demasiado las cosas, se puede decir que Spilimbergo, Ramos y Galasso comparten la caracterización de la Argentina como un país “semicolonial” o dependiente –que había esgrimido Liborio Justo en los prolegómenos del trotskismo argentino-, en el que se necesita un proceso de liberación nacional como paso previo a la lucha por el socialismo. Mientras Ramos, en particular, esboza una lectura negativa del mundo colonial basada en la concepción de las dos Españas –y que recuerda el enfoque de José Ingenieros en *La evolución de las ideas argentinas-*, todos coinciden en cuestionar el uso de categorías europeas para analizar la realidad local, así como en una valoración americana de la revolución de Mayo y el proceso independentista cuyo epílogo habría sido la objetada “balcanización”. Asimismo, se muestran más partidarios de otros caudillos provincianos que detractores de Rosas, aunque no dejan de advertir los límites del nacionalismo ganadero de éste último -restringido a la provincia de Buenos Aires y a su sector social-; y hacen hincapié en el sustrato económico del conflicto Buenos Aires-Interior que subtiende las guerras civiles –y que se filia en las lecturas de Juan Álvarez en *Las guerras civiles argentinas* y de Juan B. Alberdi en sus obras posteriores a Caseros, como por ejemplo en *Grandes y Pequeños Hombres del Plata-*. Si bien también comparten la condena a la política rivadaviana y mitrista, Ramos en parte se distancia por su defensa tenaz del nacionalismo de Roca. En cuanto al peronismo, se observa un intento compartido de comprensión del fenómeno y de rechazo de las viejas caracterizaciones de la izquierda “tradicional” que asimilaban el peronismo al fascismo.

Un caso singular es el de Liborio Justo, que aislado políticamente, se abocó a escribir y completar una historia argentina en varios tomos. Así, pues, Justo retoma su caracterización de la Argentina como una “semicolonia” dominada por el imperialismo con la connivencia de las clases dominantes locales, y esgrime la existencia de restos “feudales”. Por otra parte, caracteriza el gobierno de Rosas como una dictadura que favoreció el desarrollo de una sociedad agropecuaria subsidiaria de Inglaterra –es decir, que favoreció la construcción de la Argentina presuntamente dependiente de sus días-. Los móviles de la dictadura de Rosas habrían sido la necesidad del sometimiento de las masas rurales “precapitalistas”, o su liquidación o pacificación, y la centralización del poder nacional para permitir el desarrollo

⁵³ Bajo el sello de Ediciones del Pensamiento Nacional y en el marco de la colección “Los malditos”, se difundieron sus biografías y trabajos sobre Manuel Ugarte, Enrique Santos Discépolo, Raúl Scalabrini Ortiz, Felipe Varela, y Juan José Hernández Arregui, entre otros; así como por Los Nacionales Editores circuló su selección de las polémicas de Arturo Jauretche. Asimismo, participó en la colección “Biblioteca Política Argentina”, que publicó el Centro Editor de América Latina (CEAL), con sendos trabajos sobre –como hemos visto- el FIP, Manuel Ortiz Pereira, Scalabrini Ortiz y Ramón Doll.

capitalista. Con respecto a Perón, dictamina la influencia fascista, la alianza inicial con el imperialismo inglés y el sometimiento posterior al influjo norteamericano, así como señala las falencias y limitaciones de sus políticas, como por ejemplo en materia agraria y en el caso de las nacionalizaciones de los ferrocarriles, y critica el “sometimiento del proletariado”, la extensión de la corrupción y el establecimiento de un “estado policial”, entre otras cuestiones.⁵⁴

Consideraciones finales

Las páginas que anteceden están lejos de cualquier pretensión de ofrecer un panorama completo de la historiografía de las izquierdas durante la llamada transición democrática. Simplemente se ha pretendido promover la reflexión sobre las conexiones manifiestas entre sus opciones políticas y su labor en el terreno historiográfico.

En términos generales, a la hora de historiar su trayectoria partidaria y/u organizativa así como las de las otras agrupaciones, las izquierdas han generado una historiografía que, al igual que apologética y/o detractora, podemos llamar retrospectiva, en la medida que busca justificar sus políticas pasadas y presentes al mismo tiempo que condenar las de las fuerzas opositoras. Tampoco faltaron, como hemos visto, las reivindicaciones de determinadas figuras y líneas como posibles caminos alternativos. Como quiera que sea, en un clima político y cultural animado por consensos tan poco favorables para sus lecturas, las izquierdas no sólo intentaron deslindar y/o revisar sus posiciones, sino construir sus tradiciones en relación a su

⁵⁴ Justo, Liborio, *Nuestra patria vasalla. Historia del coloniaje argentino. Rosas como otra etapa de la evolución nacional impuesta por el capitalismo inglés (1827-1852)*, Buenos Aires, Grito Sagrado, 1985, vol. 2; e Ídem, *Nuestra patria vasalla. Historia del coloniaje argentino. De “dominio” británico a “patio trasero” de los EE.UU. (1930-1990)*, Buenos Aires, Grito Sagrado, 1990, vol. 5. El primer tomo de la obra sobre la etapa colonial y el proceso independentista se publicó en 1968. Igualmente quisiera destacar que en 1989 se reeditó, en forma póstuma, el *Método de interpretación de la historia argentina* de Nahuel Moreno –con la colaboración de Hugo Kasevich-. En ella Moreno intenta presentar una lectura de la historia argentina equidistante tanto de la “historiografía liberal” como de la “revisionista”. Para ello caracteriza a la conquista y colonización de América como una empresa capitalista; muestra un imperio español atrasado, semifeudal, pero que impulsa el desarrollo capitalista en el siglo XVIII; y al proceso independentista como consecuencia, no de la decadencia económica española, sino de las tendencias centrífugas que produjo aquél desarrollo. Sus diatribas contra Rivadavia se hacen extensivas a Rosas, que no sólo habría sustentado una política librecambista, sino que habría sido un continuador y un ejecutor de su política agraria –la enfiteusis- y, de ese modo, el creador de la “gran oligarquía terrateniente”. Con todo, la etapa rosista fue, a su entender, progresiva porque cristalizó el desarrollo capitalista de la provincia de Buenos Aires. Pero como el desarrollo fue monopolizado por el trust de los saladeristas, el proceso se tornó contradictorio y finalmente negativo para el desarrollo capitalista del conjunto del país. Con respecto al peronismo, advierte las contradicciones de un régimen asentado en un gobierno “bonapartista *sui generis*”, que se apoyaba en un movimiento obrero al que controlaba de forma autoritaria, pero que no fue capaz de destruir los factores esenciales del dominio imperialista sobre la Argentina.

presente político, en lo que servía a la vez tanto para legitimar su accionar como para configurar sus identidades y la cohesión de los grupos. En cambio, sus esfuerzos fueron generalmente asistemáticos respecto de la historia argentina, aunque algunos de sus militantes y/o dirigentes hayan incursionado en la producción historiográfica.